

DIFUNDIR LA FE

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

DIFUNDIR LA FE

El panorama de tantas personas que desconocen a Dios ha de ser un revulsivo en el alma de todos los cristianos, que les urja a combatir positivamente esa ignorancia, difundiendo la sana doctrina a manos llenas, respetando a la vez siempre las opiniones legítimas de los demás. Nadie puede desentenderse sin hacerse cómplice de esa misma ignorancia. *Tal misión —recuerda Juan Pablo II— no es exclusiva de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seglares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar, "que no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone" (I Cor. IX, 16)*¹.

Es lo que enseñó nuestro Padre desde 1928, cuando el Señor puso en su corazón la semilla del Opus Dei; lo que ha repetido innumerables veces en sus catequesis a lo largo y ancho del mundo. *La fe no es fruto de la violencia (...). La fe la concede Dios a quienes la buscan con humildad. Pero tú y yo tenemos el deber de propagarla: no sólo los misioneros, y los curas, y los frailes, y las monjas... Ellos también, pero tú y yo, concretamente, tenemos esa obligación*².

(1) Juan Pablo II, Discurso en Granada, 15-XI-1982.

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 12-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 118.

Instrumentos de Dios

Obligación de difundir la fe, pues, pero con el convencimiento de que no somos más que instrumentos en las manos de Dios, que es el único que puede concederla.

*La fe es virtud sobrenatural que dispone nuestra inteligencia a asentir a las verdades reveladas, a responder que sí a Cristo, que nos ha dado a conocer plenamente el designio salvador de la Trinidad Beatísima*³. Como toda virtud sobrenatural, no puede alcanzarse con las solas fuerzas naturales, ni es fruto del deseo de creer, aunque presuponga este deseo, ya que la fe es una adhesión razonable a las verdades reveladas por Dios, que respeta siempre la libertad humana. Pero la voluntad, por sí sola, es incapaz de mover la inteligencia a aceptar las verdades divinas. La fe procede de Dios, y *se consigue llamando a Dios con la humildad y con las buenas obras: la fe debe pedirse humildemente, con oración y con una conducta honrada, con unas costumbres limpias*⁴.

Sólo la gracia divina puede mover la voluntad a asentir a lo que el Señor nos ha revelado. Por eso, al tratar de atraer a alguien a la fe —porque no la tenga o la haya perdido—, sólo en Dios hay que poner entera confianza. En El ha de fundamentarse siempre el apostolado; los hombres no son más que instrumentos en sus manos. *Si amamos a Dios, arrollaremos cualquier obstáculo. Me corrijo: Dios los supera. Nosotros no podemos nada, no sabemos nada, no somos nada... Pero el Señor lo sabe todo, lo puede todo, y quiere que nos dediquemos a esta labor. Por lo tanto, si no ponemos rémoras, si deseamos actuar como buenos instrumentos en las manos de Jesucristo, venciendo nuestra pereza, saliendo de nuestra torre de marfil, lanzándonos mar adentro, desarrollaremos una gran tarea apostólica: sacaremos del fango a muchos e iluminaremos los ojos ciegos*⁵.

Y, ¿qué haremos? —se preguntaba nuestro Padre en una ocasión—. *Primero, rezar por los que no tienen esa fe: tú, en concreto, por esa persona que te interesa. Después ofrecerás alguna pequeña mortificación, pero*

(3) *Amigos de Dios*, n. 191.

(4) De nuestro Padre.

(5) Del Padre, *Tertulia*, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 511.

con una sonrisa, no poniendo cara de hipócrita. ¡No! Acuérdate de lo que dice el Señor de los que ayunaban y ponían la cara triste. Tú haces tus pequeñas mortificaciones —sé que las haces—, y ¡adelante! Después, poco a poco, busca la ocasión de hablar oportunamente con esa persona, de inquietarla, de rodearla de amigos buenos... El Señor te escuchará, y quizá no sea poco a poco, porque puede ser muy de repente. Pero el sistema es éste, ¡no hay otro! ⁶.

Oración y penitencia son, por tanto; los primeros medios que se deben poner, para que el Señor se digne remover el alma de las personas por las que se pide, y les conceda la fe.

De igual modo hay que obrar con quienes dicen haberla perdido. Si han tenido la fe, de verdad, quizá no la hayan perdido. Puede ser que encima de la fe haya ahora una cáscara, y otra, y otra: una serie de capas de indiferencia, de lecturas mal digeridas, quizá de ambientes o de costumbres torcidas. Yo te aconsejaría, primero, que reces, porque esto es lo que debemos hacer los cristianos. Tenemos ahora los mismos medios que los primeros fieles, ni uno más, y ni uno menos: la oración, es decir, el trato con Dios; la recepción de los sacramentos, la mortificación, la devoción a María Santísima, y a los hermanos nuestros que están en el Cielo o en los altares, y la penitencia.

Yo os hablo de penitencia, que parece que suene a viejo, ¿verdad? ¡Pues también es de ahora la penitencia! Es más necesaria ahora que nunca ⁷.

Don de lenguas

Aunque la tarea es de Dios, el Señor cuenta también con la colaboración de los hombres. La Iglesia no deja de instar a sus hijos para que lleven a cabo esa labor *con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidando esmeradamente que el conocimiento de la doctrina cris-*

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 12-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, pp. 118-119.

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 535.

tiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos ⁸.

Si dar doctrina es verdaderamente un deber de cada cristiano —y lo reconocerá como tal en la medida en que esté unido a Dios, buscando el trato continuo en la vida de piedad—, el apóstol sabrá aprovechar cualquier ocasión para difundirla a manos llenas, siguiendo la amonestación del Apóstol a Timoteo: *predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina* ⁹. Sin esperar la ocasión *ideal*, que rara vez se presentará, hay que provocar las conversaciones apostólicas del modo más oportuno, dejando de lado falsos temores. Hay que *insistir sin miedo*, escribió nuestro Padre: *tengo la experiencia de que hay que repetir las cosas. Hay cosas muy claras, muy claras, que la gente no entiende porque algunas veces nosotros tenemos malas explicaderas; pero en otras ocasiones, son ellos los que tienen malas entendaderas, y se da el caso de que coincidan las dos cosas: malas explicaderas y malas entendaderas*.

Estamos diciendo siempre lo mismo, insistiendo en ideas que son clarísimas, pero cuando no las entienden, tenemos que repetir las de cincuenta maneras, para que al fin, poco a poco, se vayan enterando ¹⁰.

Así, pues, *hay que repetir lo mismo, pero de modos diversos. Es la forma lo que debe ser siempre nuevo, distinto; no la doctrina, que permanece idéntica, inalterable, si toca la fe o las costumbres* ¹¹. Es lo que San Pablo aconsejaba a los fieles de Colosas: *vuestra conversación sea siempre con agrado sazonada con sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene* ¹². Efectivamente, *si no se sabe presentar la doctrina condimentada con gracia y la sal del bien decir (...) nada se consigue* ¹³.

A esta facilidad para hablar a la gente de manera que entienda, que es fruto de la acción de Dios y del esfuerzo personal de cada uno, nuestro Fundador solía referirse como el *don de lenguas*, que hemos de pedir al Espíritu Santo para que la labor apostólica dé más frutos. Hay

(8) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(9) II Tim. IV, 2.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 71.

(11) *Ibid.*

(12) Colos. IV, 6.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae*, 53, 2.

que sembrar, hijos míos —nos escribía—, con claridad, sin ambigüedades; porque no podemos permitir que impere el escepticismo práctico: la verdad es una. Con don de lenguas —os suelo decir, recordando con gozo la venida del Espíritu (cfr. Act. II, 4-6)—, que sabe acomodarse siempre a la condición, a la capacidad y a la formación del que escucha, y que es fruto de la oportuna preparación del que habla, y del amor y de la fe con que realice esa tarea apostólica (cfr. Ioann. VII, 38) ¹⁴.

En la fragua del amor

Un fundamento esencial de ese don de lenguas es la caridad, el cariño a las personas que tratamos. Con la doctrina, el Amor de Dios. Hijos míos; hemos de estar bien metidos en las realidades terrenas, pero repletos de la Caridad de Jesucristo, del fuego de su Amor misericordioso, para mover a los hombres a ser amigos de Dios, para acompañarlos con la amistad, aliviarlos en sus sufrimientos, servirlos en sus necesidades espirituales y corporales, ya que todo esto es quererlos bien ¹⁵.

De nada serviría la elocuencia de las palabras, el bien decir, si no estuviera ungido de comprensión, de respeto, de cariño. Y mucho menos si se pretendiera imponer la fe por la fuerza o a base de interminables discusiones. Y así escribía nuestro Padre: *por eso no me han gustado nunca expresiones como vencer al adversario, triunfar en una discusión, y otras semejantes; y, cuando se trata de un diálogo de apostolado para acercar un alma hacia Dios, las encuentro totalmente inapropiadas: porque quien recibe la fe o crece en la vida de la gracia, se siente siempre victorioso, no ha sido vencido, sino que ha vencido en él el amor de Dios* ¹⁶.

El camino para llevar un alma a la fe imita el modo de actuar de Dios, que nunca anula la libertad humana ni se impone con violencia.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 48.

(15) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 21.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 33.

El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, ¡estudiando y haciendo estudiar!, y repito, con la caridad. Por eso, cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan ¹⁷.

Esa caridad con las almas que tienen la desdicha de no conocer a Dios ha de ser *alegre, dulce y recia, humana y sobrenatural; caridad afectuosa, que sepa acoger a todos con una sonrisa habitual; que sepa comprender las ideas y los sentimientos de los demás, a quienes se debe atraer para que colaboren.*

Y así, suavemente y fuertemente, sin ceder en la conducta personal ni en la doctrina, la caridad de Cristo bien vivida nos da el espíritu de conquista, cada día con más hambre de trabajo por las almas ¹⁸. Y comprender a los demás no es simplemente algo exterior —decirles que les comprendemos—, sino una realidad interior, fruto de un esfuerzo concreto para ponernos en su lugar, conocer los motivos de su actitud, etc.; a veces, incluso, el esfuerzo por entender qué quieren realmente decir, quizá con palabras inexactas.

Fuertes en la fe

En consecuencia, el cristiano debe ser transigente con las personas, acercándolas al fuego del amor de Jesucristo con el calor de su caridad. Pero esa transigencia no puede afectar a lo que ha recibido de Dios. *Cuando no se pueda transigir, la intransigencia debe ser santa y, por tanto, lo será con la doctrina, no con las personas: de otro modo, no las podremos llevar a Dios, ni siquiera nos sería fácil tratarlas fraternalmente, como exige nuestra condición de cristianos. No se puede ceder en lo que es de fe: pero no olvidemos que, para decir la verdad, no hace falta maltratar a nadie* ¹⁹.

Esa *santa intransigencia* ha de apoyarse en una firmeza que pase

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 19.

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 77.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 67.

por encima de cualquier otra consideración. *No podéis ceder en las cosas que son de Dios. La verdad en alguna ocasión, ante la desfachatez del prójimo, quizá habrá que decirla con energía. Pero aun entonces hay que poner amor, echar sobre las heridas el aceite de la caridad, curar, sanar; explicar que era necesario en aquel momento proceder así* ²⁰.

No faltarán quienes no entiendan esa fortaleza en defender la buena doctrina, a pesar de que se derroche caridad en las palabras y en la actuación, y tachen de intolerante a quien así se comporte. Sin asustarse, hay que hacer ver a esas personas la incongruencia de su razonamiento. *Intolerantes —explica el Padre— son aquéllos que con la televisión, la prensa y la propaganda que ponen en las carreteras y en las calles, atacan frontalmente los principios cristianos. Si alguno te quiere colocar la etiqueta de intolerante, le dices: yo no soy agresivo, sois vosotros los que parecéis incapaces de comprender que yo pueda pensar como un cristiano... Es preciso dar la vuelta al argumento. La presión que padecemos es tremenda, pero también la gracia de Dios abunda, para que nosotros podamos vencer* ²¹.

El cristiano ha de mantener esa fortaleza aun a costa de pasar un mal rato, sufrir vejaciones o incluso padecer persecución. Y si en alguna ocasión el trato con determinadas personas pusiera en peligro su firmeza en la fe, tendrá que ser tajante, sin miramientos ni falsas razones. *Como las vírgenes prudentes, hemos de llevar las lámparas encendidas. No podemos dar nuestro aceite, porque se apagarían las lámparas nuestras. Cuando haya peligro para la fe, hay que parar el carro. Primero, que nuestra lámpara esté encendida. Sería una falsa caridad, diabólica caridad, mentirosa caridad, ceder en cosas de fe. Fortes in fide (I Petr. V, 9), fuertes en la fe, firmes en la fe, como dice San Pedro; no es fanatismo, es sencillamente vivir de fe; no es desamor para nadie, cedemos en todo lo que es accidental, pero en la fe no podemos ceder; no podemos dar el aceite de nuestras lámparas, porque luego viene el Esposo y las encuentra apagadas* ²².

(20) De nuestro Padre, Noticias III-56, p. 69.

(21) Del Padre, Tertulia, 29-XII-1978, en Obras, 1979, p. 44.

(22) De nuestro Padre.

El gozo de la fe

*No se puede decir que vivan bien los que por ceguera desconocen el fin del vivir o lo desprecian por soberbia. Nadie puede tener esperanza verdadera y cierta en el vivir si no conoce la Vida, que es Cristo, y entra por la puerta en el redil*²³. Sólo Dios puede dar satisfacción plena al deseo de felicidad que todo hombre lleva en su corazón. Son muchos, sin embargo, los que no advierten esta realidad, y se afanan sin tregua en buscar la felicidad donde no se puede hallar. El resultado es el pesimismo y la angustia, la tristeza de un anhelo perenne que no se logra saciar, ya que —aunque lo ignoren— únicamente en Dios, Bien supremo y fuente de todo otro bien, habita la felicidad completa; ninguna realidad finita es capaz de colmar las ansias que habitan en el interior del hombre.

No son felices las personas que viven lejos de Dios. Aunque a veces aparenten una alegría ruidosa, o manifiesten una paz, que no es la paz de Cristo, basta raspar levemente su corazón para descubrir una insatisfacción profunda y una gran amargura.

El remedio lo conocemos: es Dios y sólo Dios. Por eso, el deseo de felicidad que anida en el corazón de cada persona es un gran aliado en la tarea apostólica, con el que se debe contar. Con una caridad llena de comprensión, hay que zarandear a cuantos se apartan del Señor, *fuentes de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua*²⁴ del amor de Dios, y decirles, con nuestro Padre: *¿por qué abocarte a beber en las charcas de los consuelos mundanos si puedes saciar tu sed en aguas que saltan hasta la vida eterna?*²⁵; descubrirles que sólo en la doctrina de Jesucristo encontrarán la felicidad que su corazón anhela: *veritas liberabit vos*²⁶, la verdad os hará libres.

El Padre ha escrito unas palabras que sirven de acicate a todos: *ayudad a vuestros amigos —mis hijas, a sus amigas— a discernir lo que es pe-*

(23) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus*, 45.

(24) *Ierem.* II, 13.

(25) *Camino*, n. 148.

(26) *Ioann.* VIII, 32.

cado. Suscitat en ellos el deseo de la gracia santificante, de limpiar el alma en las aguas nuevas del perdón de Cristo. De esta forma se llenarán de alegría y de paz. Desenmascarad esa táctica satánica, que con razonamientos falsos y heréticos intenta borrar de las conciencias el sentido del pecado, de la ofensa a Dios, y que, por desgracia, ha cundido en tantos ambientes²⁷.

Así, hijos, con doctrina y con Amor, ¡qué buena luz ofreceremos!, ¡qué apostolado silencioso pero imponente realizaremos por todos los rincones y en todos los puntos neurálgicos de la sociedad!, allí donde la esencia secular de nuestra vocación nos coloca para servir a Dios²⁸. Seremos sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres²⁹.

Invocad a la Santísima Virgen; no dejéis de pedirle que se muestre siempre Madre nuestra —monstra te esse Matrem—, y que nos dé, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepamos ir a Dios y llevarle muchas almas³⁰.

(27) Del Padre, *Carta*, 2-II-1979, n. 18.

(28) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 21.

(29) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 34.

(30) De nuestro Padre.

[Anterior](#) - [Siguiete](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)